

SIGLO XIX. REVISTA DE HISTORIA

A *Historia Mexicana*
A quienes la fundaron
A quienes la mantienen viva

Mario CERUTTI
Universidad Autónoma de Nuevo León

EL SIGLO XIX COMO MOTIVO FUNDACIONAL

EL DESARROLLO DE LOS ESTUDIOS SOBRE EL SIGLO XIX hacia mediados de los ochenta, tanto en México como en otros países latinoamericanos, era considerable. El interés en este periodo se había acrecentado con vigor durante los años setenta. Colombia, Argentina, Brasil, Costa Rica, Uruguay y México, entre otros, sobresalían de manera evidente. Se trataba de un fenómeno académico enriquecido por motivos que, según cada caso, incluía lo siguiente: *a)* el uso creciente y generalizado de fuentes primarias; *b)* la implementación de técnicas y recursos metodológicos renovados; *c)* el auge de los estudios sobre historia económica e historia social; *d)* la influyente presencia y el reconocimiento de la labor de investigadores europeos y estadounidenses; *e)* la acentuada desconfianza que provocaban las versiones “nacionales” de la historia, muchas de ellas enarboladas —desde las distintas corrientes y con dudosa capacidad crítica— por académicos residentes en las ciudades capitales, y *f)* una fuerte propensión —en parte como respuesta

al punto anterior— a encauzar la investigación hacia espacios o ámbitos regionales (a lo cual habían contribuido, en escenarios como el mexicano, la fundación de centros de estudios en el interior). Todo ello, parecía notorio, estaba conduciendo a un conocimiento más profundo de esta crucial etapa de la historia continental.

La abundancia y el ascendente rigor de los estudios sobre tan decisivo siglo —cuya estricta cronología abarcaba los tramos finales del XVIII y las décadas iniciales del XX— no contaba con un dinamismo paralelo en la organización de foros de intercambio y discusión. Menos aún, con la realización de ediciones conjuntas, ya fuera por medio de memorias, volúmenes colectivos o revistas especializadas.

Como una propuesta para cubrir parcialmente esas ausencias nació *Siglo XIX. Revista de Historia*. Pensada, gestada y financiada desde una vivaz ciudad del norte mexicano, proyectada para aparecer con periodicidad semestral, aspiraba a convertirse, justamente, en un espacio abierto, propenso a estimular intercambios y discusiones. Desde el número de apertura sus páginas se pusieron a disposición de investigadores latinoamericanos y latinoamericanistas, pero también ofrecieron cabida desde el principio a colegas del sur de Europa: es que en estas sociedades, se planteaba, se habían registrado durante el siglo XIX fenómenos y procesos claramente cotejables con los acaecidos en no pocas regiones de nuestro continente.

Siglo XIX propuso agrupar en cada número un elevado porcentaje de materiales dedicados a un tema común: es decir, presentar un *dossier* con trabajos referidos al menos a cinco sociedades (meta cumplida durante los cinco años que nos tocó editarla). Con la frecuencia que se requiriera se sumaría a los artículos inéditos el rescate de materiales de calidad ya publicados en revistas de circulación regional o nacional, o en memorias de encuentros especializados. Esta última idea, que resultó tan rentable como funcional, brindaría a trabajos de mérito reconocible una nueva posibilidad de difusión —en una escala quizá más amplia— y la oportunidad de que cobrasen una luz dife-

rente por ser reeditados junto a otros procedentes de muy diferentes latitudes.

Las páginas de *Siglo XIX. Revista de Historia* —asegurábase, por lo tanto, a principios de 1986— quedaban abiertas a colegas de América y Europa.¹

¿POR QUÉ EL SIGLO XIX?

¿Se justificaba poner en marcha una revista especializada en el siglo XIX, en ese periodo que podía incluir desde la fase más intensa de las reformas borbónicas hasta la primera guerra mundial? El primer motivo/pretexto —cantidad y calidad de estudios sobre y en muy diversos países— no presentaba demasiadas dudas. El segundo parecía menos sencillo de explicar: ¿había sido, el siglo XIX, de alta significación, de real densidad histórica en América Latina (y en las sociedades europeas que habrían de revisarse al ejercer la tarea comparativa) como para avalar la fundación de una publicación especializada?

Periodo de transición entre la descomposición del orden colonial y los momentos de consolidación del “estado oligárquico”, el siglo XIX constituyó una época en que se establecieron no pocas de las bases que habrían de sustentar nuestro panorama más contemporáneo: la afirmación del Es-

¹ Se los invitaba e incitaba a colaborar “en un proyecto que nace en una ciudad del interior de México. En estas generosas tierras mexicanas [que tan desinteresadamente abrieron sus brazos a miles de latinoamericanos exiliados] esperamos producir una revista que reúna a un núcleo creciente de especialistas dedicados a investigar el crucial siglo de la independencia y de la construcción del Estado-nación”. *Siglo XIX. Revista de Historia (SXIX)*, número 1 (ene.-jun. 1986), p. 9. *Siglo XIX* apareció gracias al apoyo resuelto de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Nuevo León: a poco más de diez años de haber fundado su Colegio de Historia, esta institución de Monterrey reafirmaba su política de estimular la investigación histórica y la pertinente difusión de sus resultados. Cabe y debe recordarse en esta semblanza a quienes estaban entonces a cargo de la dirección de la Facultad de Filosofía y de la rectoría de la UANL: Bernardo Flores Flores y Gregorio Farías Longoria.

tado-nación, la articulación y primer desenvolvimiento de mercados con sesgos nacionales, emerger y las alianzas de grupos dominantes regionales capaces de imponer y usufructuar el orden interior, las transformaciones suscitadas por la revolución liberal, la incorporación periférica a un sistema económico internacional hegemonizado por las sociedades que protagonizaron la revolución industrial, entre otras. No sólo eran asuntos de importancia histórica: además, en no pocos casos, algunos de sus efectos alcanzaban y condicionaban al presente latinoamericano.

Pero también se pretendía incorporar a los debates, estudios dedicados a procesos acontecidos en países de la Europa meridional. Una mirada atenta —especialmente para quienes lo trabajaban con un enfoque concentrado en ámbitos regionales— sugería lo fructífero que podría resultar el cotejo de ciertos fenómenos y procesos españoles, portugueses y hasta italianos con otros acaecidos en nuestro continente.

Sin embargo, se trataba de un planteamiento delicado. Para empezar, significaba una fuerte fractura con la muy asentada concepción de observar “lo europeo” como “antagónico u opuesto a lo latinoamericano”, una visión sensiblemente alimentada por las nociones dependentistas que tan fulminante éxito obtuvieron desde fines de los años sesenta. Además podía llevar no sólo a una eventual controversia entre historiadores latinoamericanistas, sino con los mismos colegas europeos o dedicados a la investigación sobre el siglo XIX en Europa.

Pero ¿cuál Europa? ¿Sólo la de la revolución industrial? ¿No hubo otra Europa, menos conmovida por dicha ruptura histórica? ¿Y España? ¿Y Portugal? ¿Y esa misma Italia tan condicionada, tan atrasada por su feudalizado sur? La revolución industrial no había alcanzado a trastocar radicalmente, en el siglo pasado, todo el occidente europeo. Y la forma de proyectarse sobre su periferia más cercana —España, Portugal, verbigracia— no parecía excesivamente distinta a la que golpeó buena parte del continente americano.

Cuando se abordaban problemas o procesos como la formación del mercado nacional, el surgimiento y desen-

volvimiento de núcleos empresariales o burgueses, la aparición de la producción capitalista, la vinculación creciente con el mercado mundial, los brotes de industrialización, la consolidación de un poder central frente a las pugnas regionales, el tan condicionado triunfo del liberalismo (ante los recortes que a las reformas plantearon los sectores conservadores), la reconcentración que la propiedad de la tierra tuvo, pese a su laicización creciente, cuando se atendían esos procesos —y otros, tan significativos como ellos—, las historias española y mexicana presentaban un cuadro riquísimo para el cotejo, para el paralelismo analítico y para una diferenciación enriquecedora. Tanto era así que podía dudarse que resultara más provechoso, en los estudios comparativos, cotejar España con Inglaterra, o México con Haití.

Es que, como en Europa, esta América no sajona que difícilmente había generado la Latinoamérica que hoy conocemos, presentaba situaciones tan distintas que, al menos, obligaban al historiador a matizar. Con suma cautela, pero con no menos fervor, en consecuencia, insistimos en señalar que los historiadores españoles, portugueses e italianos quizá tuviesen mucho que decir sobre procesos y fenómenos que apasionaban (y siguen apasionando) a los latinoamericanos. De allí que uno de los objetivos anunciados de la publicación fue reunir materiales conjuntos, latinoamericanos y europeos, sobre el siglo XIX.

LAS RESPUESTAS

El anexo 1 (derivado de los diez primeros números de *Siglo XIX*),² resume a grandes rasgos las respuestas recibidas

² Concentro el análisis en los cinco primeros años de vida de *Siglo XIX* porque fue cuando la revista salió bajo mi responsabilidad. A partir del número 11 la dirección editorial estuvo a cargo de Juan Carlos Grosso y, en términos institucionales, del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora. Tanto nuestro recordado Grosso como la conducción del Mora modificaron algunas pautas (desde las formas de

de decenas de colegas de Latinoamérica, Estados Unidos y Europa ante los diferentes *dossiers* que se programaron entre los primeros meses de 1985 y principios de 1990. El proyecto incluía: *a)* reunir en cada número aportaciones que abordaran —y permitieran cotejar— al menos cinco casos nacionales; *b)* dejar en manos de especialistas externos, con la mayor frecuencia posible, la construcción general o parcial de cada *dossier*; *c)* en la medida en que se conociera la publicación, incorporar trabajos sobre el sur europeo, en especial provenientes de la muy rica historiografía española.

Como lo muestran los cuadros 1 y 2, el primer objetivo logró ser concretado durante los cinco años aquí analizados. Además, en 50% de los números editados se sobrepasó el límite mínimo de cinco sociedades por edición. La concreción de este objetivo supuso operar sistemáticamente con investigadores de distintas nacionalidades y comunicarse —cuando aún nos escribíamos por correo regular— con colegas residentes en muy dispares latitudes americanas y europeas.

Contribuía a que se trabajase con agilidad la no dependencia de los, algunas veces tan lentos como poco funcionales, consejos editoriales: fue ésta, con seguridad, una de las razones que explican que *Siglo XIX* saliera y fuese distribuida con puntualidad en más de 20 países durante esos cinco años. La colaboración de especialistas en la articulación de varios *dossiers* suplió con eficacia al consejo editorial, y coadyuvó a resolver tres problemas fundamentales: *a)* rápida comunicación con investigadores de América y

definir el contenido hasta el diseño de la revista). Por ello esa “segunda” época requeriría un tratamiento diferenciado del que aquí presento. No me es posible realizarlo por otra razón: sólo recibí dos de los números de la nueva época (el 11 y 12, por cortesía de Juan Carlos). Los comprendidos entre el 13 y el 16 (último que apareció, en 1994) nunca llegaron a Monterrey pese a que la Universidad Autónoma de Nuevo León seguía operando como institución coeditora. Un típico problema de distribución, seguramente. Quienes se interesen por estos números de la segunda época y su contenido, pueden consultar la página web del Instituto Mora.

Cuadro 1
TEMAS Y SOCIEDADES ESTUDIADAS EN SIGLO XIX

<i>Núm. Tema</i>	<i>Sociedades estudiadas*</i>	<i>Artículos</i>
1. Economía y política en el siglo XIX	Ch, Mx, Uru, Ven, Col	6
2. El siglo XIX y las ideas	Ar, Col, Cub, Mx, Per	9
3. Liberalismo, reforma y contrarreforma en el siglo XIX	Ch, Per, Mx, Ven, Esp, Por	8
4. Mercados y mercado nacional en el siglo XIX	Mx, Ar, Par, Bol, Cub, Esp	8
5. Finanzas, inversiones y política estatal en el siglo XIX	Br, Ecu, Ar, Uru, Mx	7
6. Trabajadores, vida cotidiana y formas de resistencia	Uru, Ar, Mx, Cub, Bol, Ven	8
7. Población, migraciones y ciclos vitales	Ar, Br, Ecu, Mx, CR, Esp	8
8. Minería, trabajadores y política en el siglo XIX	Per, Br, Mx, Bol, Ven	5
9. Empresarios, capitales e industria en el siglo XIX	Col, Ar, Br, Mx, Uru, Esp	8
10. Desamortización, Iglesia, tierra y sociedad	Bol, Mx, Ecu, Col, Esp	8
Total	15*	75

* Ch: Chile; Mx: México; Uru: Uruguay; Ven: Venezuela; Col: Colombia; Ar: Argentina; Cub: Cuba; Per: Perú; Esp: España; Por: Portugal; Par: Paraguay; Bol: Bolivia; Br: Brasil; Ecu: Ecuador; CR: Costa Rica.

Cuadro 2
TEMAS, CASOS NACIONALES TRATADOS Y COORDINADORES

<i>Tema o dossier</i>	<i>Casos*</i>	<i>Coordinadores</i>	<i>Residencia**</i>
Economía y política en el siglo XIX	5	Mario Cerutti	México
El siglo XIX y las ideas	5	Horacio Cerutti Guldberg	México
Liberalismo, reforma y contrarreforma en el siglo XIX	6	Alberto Gil Novales <i>Siglo XIX</i>	España México
Mercados y mercado nacional en el siglo XIX	6	Mario Cerutti	México
Finanzas, inversiones y política estatal	5	Carlos Marichal	México
Trabajadores, vida cotidiana y formas de resistencia en el siglo XIX	6	Leandro Gutiérrez/Luis A. Romero <i>Siglo XIX</i>	Argentina México
Población, migraciones y ciclos vitales	6	Norberto Álvarez/Eduardo Miguez	Argentina
Minería, trabajadores y política en el siglo XIX	5	Inés Herrera Canales	México
Empresarios, capitales e industria en el siglo XIX	6	Mario Cerutti Menno Vellinga	México Holanda
Desamortización, iglesia, tierra y sociedad	5	Juan Carlos Grosso	Argentina/México

* Casos nacionales incluidos en cada número.

** Residencia habitual de los responsables de cada *dossier*.

Europa; *b*) severo control de calidad en los materiales presentados, y *c*) puntualidad en su entrega por parte de los autores. Dado el estratégico apoyo que representaron los coordinadores/responsables externos (quienes residían ya en México ya en el extranjero, cuadro 2) es de justicia recordarlos³ en esta semblanza.

En cuanto a la contribución no latinoamericana en general y al respaldo de colegas españoles en particular, el cuadro 3 define con cierta exactitud la dimensión que alcanzó. *Siglo XIX* fue apoyada con generosidad (en más de 30%) por colaboradores no latinoamericanos, entre quienes sobresalieron justamente los españoles, pero destacaron también los estadounidenses.

Cuadro 3
COLABORADORES NO LATINOAMERICANOS DE SIGLO XIX

<i>Artículos</i>	<i>Autores(1)</i>	<i>Españoles</i>	<i>USA</i>	<i>Otros*</i>	<i>Núm. Lat(2)</i>	<i>Porcentaje (2/1)</i>
75	85	12	13	2	27	31.7

* Un canadiense y una portuguesa. Se excluyen un alemán y un estadounidense/español residentes en México.

Aunque existía una diferencia sustancial en las aportaciones de ambos grupos de especialistas. Los españoles —aunque no exclusivamente— trabajaron en su mayoría problemas, procesos y temas atinentes a España y a sus espacios regionales. Cataluña, el País Vasco, el Levante y el ámbito castellano se contaron entre las áreas revisadas, con abordajes que iban desde las luchas de independencia y las ideas liberales hasta la cuestión agraria, los mercados y el empresariado.

³ También deben ser mencionados los dos colaboradores permanentes que completaron nuestro equipo en esos cinco años: el maestro Miguel A. González Quiroga (que ayudaba tanto en la traducción de los textos como en transportar al correo los cerca de 1 000 ejemplares que distribuíamos) y Silvia Eloísa Morán, a cargo del cuidado en imprenta.

Los colegas estadounidenses, por su lado, laboraron sin excepciones en torno a Latinoamérica y sus regiones. Y si la contribución española cubrió en parte el objetivo de comparar procesos latinoamericanos con los del sur de Europa, la firme presencia de historiadores del vecino país mostró dos cosas: a) la calidad y diversidad de la investigación que sobre Iberoamérica es realizada desde Estados Unidos; b) la desinteresada y cálida aceptación entre estos colegas del espacio que brindaba *Siglo XIX*.⁴ Gracias a investigadores de la América sajona —hay que sumar un canadiense—, la revista pudo incorporar una porción significativa de materiales sobre Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Ecuador y México.

La presencia latinoamericana en los estudios sobre su propio continente fue notoria como era de esperar. Según se ve en el cuadro 4, los autóctonos constituimos más de

Cuadro 4
LOS ESTUDIOS LATINOAMERICANOS Y SUS AUTORES

<i>Sociedad</i>	<i>Total autores</i>	<i>Autores latinoamericanos</i>	<i>Porcentaje latinoamericano</i>
México	26	22	
Argentina	11	9	
Brasil	7	4	
Venezuela	5	4	
Bolivia	5	1	
Uruguay	4	4	
Cuba	3	2	
Ecuador	3	2	
Perú	3	2	
Chile	2	2	
Colombia	2	1	
Paraguay	2	2	
Costa Rica	1	1	
Total	74	56	75.4

⁴ Asimismo, este apoyo se manifestó en las suscripciones: casi 95% provenían de Estados Unidos.

75% de los autores involucrados en los estudios sobre Iberoamérica. México fue la sociedad más analizada y, también, la que contó con mayor presencia no latinoamericana. Asimismo, México se distinguió por la cantidad de latinoamericanos no mexicanos que se ocuparon de investigar y publicar en torno a su historia, consecuencia de dos factores: los inmigrados (procedentes sobre todo del extremo sur) y el ya citado interés estadounidense.

LOS CONTENIDOS

Un muy sucinto recorrido por los contenidos de los diez números publicados entre 1986-1990, así como la mención de los responsables externos, coadyuvará a completar el panorama de cómo se desarrolló durante 60 meses el proyecto *Siglo XIX. Revista de Historia*.

Del racimo de artículos sobre el que se afincó el número 1 —“Economía y política en el siglo XIX”, con materiales sobre Chile, México, Uruguay, Venezuela y Colombia— es factible extraer la siguiente percepción: el *dossier* fue estructurado en un momento en que reunificar economía y política en los estudios históricos se planteaba como una necesidad metodológica urgente. Una de sus ideas centrales era que “lo político”, como en muchas oportunidades sucedió en el siglo XIX, suele emerger como un condicionante estructural; “lo económico”, tras resultar reformulado por esos picos críticos, y ya con la estructura productiva funcionando con regularidad, puede retornar a adquirir una cualidad estratégica. Para articular este eje temático inaugural nos apoyamos parcialmente en las ponencias leídas en el simposio “Historia económica: economía y política”, que se había realizado en el contexto del XLV Congreso Internacional de Americanistas (Bogotá, 1985). El coordinador del simposio había sido uno de los historiadores más relevantes de Latinoamérica y de México: Enrique Florescano, quien no dejaba de puntualizar entonces “lo necesario” de volver a unir el análisis político con los

resultados logrados en las dos décadas previas por la historia económica y social.⁵

Algo similar acaeció con el número 2 (“El siglo XIX y las ideas”). La apertura a dicha temática se atenía a la propuesta inaugural, planteada en la entrevista que se efectuó a Florescano: era imprescindible recuperar una mirada integradora de las realidades históricas para, así, abordarlas mediante canales más adecuados de interpretación. La tarea de compilación (Argentina, Colombia, Cuba, México y Perú) fue cumplida por Horacio Cerutti Guldberg, académico del Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma de México. Su colaboración brindó la posibilidad de acoger frutos recientes en el plano de la historia de las ideas: una parcela del estudio histórico que por el avance tan intenso generado en torno a lo económico, lo socioeconómico o lo sociopolítico había quedado relativamente desbordada.

Si existía un tema particularmente pertinente para iniciar un puente de intercambio y comunicación con colegas españoles y portugueses era el del liberalismo y las reformas y contrarreformas transitadas durante el siglo XIX. Bueno es recordar, como elemento contextualizador, que el liberalismo —a mediados de la década de 1980— era centro de un renovado interés en Latinoamérica. La trágica actuación de los regímenes militares, en especial en América del Sur, había obligado a revalorar usos de la vida cotidiana que, sin ninguna duda, se manifestaban dentro de la concepción del mundo liberal desde los grandes combates sociales del siglo pasado. Las libertades de opinión, de prensa, de asociación, de selección y cambio de gobernantes por vía del sufragio universal y secreto, de manifestación abierta de tendencias políticas y profesionales no eran simples “concesiones burguesas” ni estaban al servicio de una burguesía inevitablemente maquiavélica. Por el contrario, y como lo sostenían europeos de la lucidez de Enrico Berlinguer, ese racimo de derechos era producto

⁵ Una entrevista a Enrique Florescano, efectuada en Monterrey, completó el material del primer número de *Siglo XIX*.

de grandes luchas y conquistas de los hombres en sociedad, conquistas a los que ninguna excusa moral, pretexto ideológico o justificación teórica debía obligar a renunciar (más aún: su destrucción podía conducir —como en Latinoamérica— a que se vulneraran y pisotearan derechos aún más sustanciales: la integridad física y moral de los individuos, la misma vida humana). Por lo tanto, encontramos una doble satisfacción en la edición del *Liberalismo: reforma y contrarreforma en el siglo XIX* (con capítulos sobre Chile, Perú, México, Venezuela, España y Portugal), para cuya organización contamos con el apoyo del profesor Alberto Gil Novales, investigador de la Universidad Complutense de Madrid y uno de los más reconocidos especialistas en el estudio del liberalismo peninsular.

El número 4 agrupó por su lado una masa de información y un conjunto de pautas interpretativas que resultaban útiles para avanzar en el conocimiento de “la cuestión de los mercados” en América Latina y España, esas dos significativas periferias de la revolución industrial. Como otras relevantes aristas del devenir decimonónico latinoamericano (la configuración de Estado-nación, la consolidación de un poder central), o latinoamericano/español —los brotes de producción bajo el dominio del capital, la aparición y el desenvolvimiento de franjas burguesas, la modernización paulatina de porciones considerables del sistema productivo—, el funcionamiento de los mercados había estado ampliamente condicionado por mecanismos de dimensión regional. Y fueron tan vigorosos y persistentes esos mecanismos que la constitución de un mercado de rasgos nacionales —tanto en ciertas sociedades de nuestro continente como en España— no podía ser vista como “una característica” del siglo XIX, sino como “uno de sus resultados”. El cuerpo de materiales nucleados en torno al tema “Mercados y mercado nacional en el siglo XIX” (revisado desde México, Argentina, Paraguay, Bolivia, Cuba y España) ofreció referencias suficientes como para marcar distinciones y similitudes en dos sectores: *a*) entre lo que fue la primera mitad del siglo XIX y lo que representó su tramo final y *b*) entre casos latinoamericanos, y entre algunos de ellos y España.

Finanzas, inversiones y capacidad de funcionamiento regular de un aparato estatal fueron tres variables ampliamente vinculadas en el siglo XIX en las sociedades latinoamericanas. En la medida en que la investigación profundizó estos aspectos, se perfiló la necesidad de conectarlos aún más firmemente, de reconocerles un peso específico en el dificultoso y lento proceso que llevó a la configuración del Estado-nación. El número 5 (“Finanzas, inversiones y política estatal en el siglo XIX”, con materiales sobre Brasil, Ecuador, Argentina, Uruguay y México) fue estructurado con ese objetivo, en el que se tuvo en cuenta lo señalado por Josep Fontana para el caso español: el estudio de temas como la hacienda pública no se agota en un simple ejercicio técnico, sino que puede constituir un paso fundamental para comprender procesos de significación estructural en el tránsito hacia el capitalismo (dos ejemplos: la conformación del Estado y la del mercado nacional). Para la integración de este número se contó con la coordinación/colaboración de Carlos Marichal, reconocido especialista que entonces laboraba en la Universidad Autónoma Metropolitana y hoy es investigador de El Colegio de México.

El mundo y el devenir de los trabajadores en el siglo XIX que se abrió con las reformas borbónicas, la extrema diversidad que en nuestro continente caracterizaba ese acontecer, las formas de resistencia desarrolladas contra los propietarios y —en algunos casos— las propuestas alternativas a la dominación que los trabajadores soportaban, constituyó el eje del número 6. Con el aporte de nueve especialistas que abordaron los casos de Uruguay, Argentina, México, Cuba, Bolivia y Venezuela, “Trabajadores, vida cotidiana y formas de resistencia en el XIX” dejó en evidencia —entre otros aspectos— la notoria complejidad social de la América Latina decimonónica. De tal magnitud —se decía en la presentación que acompañó esos artículos, y lo reafirmamos ahora— que “cada día cuesta más asumir un enfoque global de este continente, y cada día parece más urgente insistir en la importancia metodológica de la investigación regional para tan decisiva centuria”. El mundo de la producción, del trabajo y de los tra-

bajadores no era una excepción. Luis Alberto Romero y el ya desaparecido Leandro Gutiérrez, destacadísimos investigadores del Consejo de Investigación Científica y Tecnológica (Conicet) de Argentina contribuyeron con *Siglo XIX* en la construcción de este *dossier*.

La población, sus ritmos vitales y movimientos generacionales, el impacto que sobre determinados núcleos demográficos guardaron variables que incluyen desde las epidemias hasta el ferrocarril, sus relaciones con el mundo de la producción o con políticas migratorias, concentraron la atención del número 7. "Población, migraciones y ciclos vitales en el XIX" incorporó aportaciones sobre cinco países latinoamericanos (Argentina, Brasil, Ecuador, México y Costa Rica) y sobre la España que vio morir el antiguo régimen. Fue la más abultada de las ediciones de *Siglo XIX*: sobrepasó las 335 páginas, densas en gráficas, cuadros y estadísticas. Como en varios casos previos, este número logró entrelazar una densa información histórica y debates significativos en lo teórico-metodológico. La recopilación de los materiales fue factible en una elevada proporción por el apoyo de Norberto Álvarez y Eduardo Míguez, investigadores de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires (Tandil, Argentina) y, como Gutiérrez y Romero, miembros del Conicet.

El número 8 se distinguió de los anteriores por el tipo de temática que abordaba. Por vez primera se aglutinaban contribuciones dedicadas al análisis de un rubro específico de la producción. Al abrirse tan novedoso campo, no resultaba inapropiado comenzar con una de las actividades fundamentales en América desde los viejos tiempos coloniales: la minería. Así, "Minería, trabajadores y política en el siglo XIX" se alimentó no sólo de estudios sobre tres sociedades esencialmente mineras —Perú, México y Bolivia—, sino que involucró las inversiones británicas en Brasil y la concesiones mineras en Venezuela en los tiempos de Guzmán Blanco. Asimismo, en su conjunto, eran aportaciones útiles para quienes indagaban el mundo de la producción y del trabajo en la América Latina del siglo XIX, y para los que consideraban importante las vinculacio-

nes que entre minería y política se manifestaron en tan decisivo periodo de nuestra historia contemporánea. La compilación y selección de este *dossier* estuvieron bajo la responsabilidad de Inés Herrera Canales, especialista de la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), cuya valiosa ayuda se prolongó en uno de los artículos publicados.

“Empresarios, capitales e industria en el siglo XIX”, pivote que orientó el noveno número, resultó un excelente pretexto para delinear un denso volumen de 300 páginas que acogió materiales sobre Colombia, Argentina, Brasil, México, Uruguay y España. La mayor porción de estas aportaciones permitió avanzar un poco más en el esclarecimiento de un debate que, a fines de los sesenta, tuvo mucho de ideológico y poco de investigación en fuentes responsables. Entre los máximos excesos de aquella controversia había que contabilizar el termino “lumpenburguesía”, acuñado por André Gunder Frank y destinado a puntualizar la inexistencia en América Latina de grupos empresariales aptos para emular las habilidades, perspicacias y capacidades de sus colegas estadounidenses y europeos. Un segundo matiz de aquellos polémicos años era la insistencia en que esa falta de habilidades y perspicacia había que supeditarla a causas psicoculturales o a fervores religiosos. En *Siglo XIX*, por el contrario, se presentaban datos y conclusiones diferentes y diferenciadores de lo que se sugería 20 años antes tanto desde “trincheras revolucionarias” como desde otras más ligadas al *statu quo*. Dos distinciones inmediatas consistían, claro está, en el tipo de fuentes y en los ámbitos de labor empírica que los articulistas de *Siglo XIX* mostraban en sus trabajos. A la lista de especialistas que habían colaborado en el diseño de cada número se sumó en esta ocasión el holandés Menno Vellinga, responsable de un panel sobre empresarios en el XLVI Congreso Internacional de Americanistas (Amsterdam, 1989).

Las reformas liberales retornaron como elemento central a *Siglo XIX* en su última versión de esta primera época. Ya en su número 3 (“Liberalismo: reforma y contrarreforma en el siglo XIX”) la publicación había brindado espacio a tan sustancial proceso de las historias americana y euro-

pea. En el 10, empero, los estudios atinentes a los cambios propiciados por las corrientes liberales se concentraron en el ciclo desamortizador y en los variados impactos que alcanzó: sobre la propiedad, las clases sociales y los grupos étnicos, la Iglesia católica y los mecanismos de crédito, en torno al derecho o a los sistemas fiscales. “Desamortización, iglesia, tierra y sociedad en el XIX” agrupó trabajos sobre Bolivia, México, Ecuador, Colombia y España, y su estructuración quedó en líneas generales bajo la responsabilidad de Juan Carlos Garavaglia y Juan Carlos Grosso. Ambos distinguidos académicos prestaban servicio en aquel momento en la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, ya citada, y eran miembros del Conicet argentino. Grosso continuaba ligado a la Universidad Autónoma de Puebla, casa en la que se mantuvo hasta su desaparición (como ya se ha explicado, fue quien se encargó de dirigir *Siglo XIX* durante su segunda época, entre 1992-1994).

SIGLO XIX. CUADERNOS DE HISTORIA

Cuatro meses después de transferir *Siglo XIX. Revista de Historia* a otro editor y a una reconocida institución académica de la ciudad de México, lanzamos desde Monterrey un nuevo proyecto: *Siglo XIX. Cuadernos de Historia*. Era, obviamente, un vástago de la anterior publicación, una prolongación que procuraba ser coherente y, a la vez, distinta de la revista semestral.⁶

⁶ Los *Cuadernos* también fueron financiados por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Nuevo León. En los tramos iniciales se los coeditó con el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, que se había hecho cargo de la revista. En la fase final de los *Cuadernos* (que salieron durante cinco años, exactamente la misma vida de la revista), la cobertura económica recayó exclusivamente en la institución de Monterrey. Cabe también reconocer aquí a quienes respaldaron desde la UANL este proyecto: Ricardo Villarreal Arrambide, director de Filosofía y Letras, y los rectores Manuel Silos Martínez y Reyes Tamez Guerra.

Los *Cuadernos* eran de aparición cuatrimestral. El primer número se publicó en octubre de 1991; el último, en septiembre-diciembre de 1996. Dieciséis, en total, que incluyeron alrededor de 50 autores, en su abrumadora mayoría residentes en México. En general y de manera prioritaria, fueron dedicados a difundir —también— estudios sobre el siglo XIX. Pero si la revista nació para recibir trabajos atinentes a Latinoamérica y a la Europa del sur, los *Cuadernos* se centraron en el siglo XIX mexicano.

En segundo lugar, el editor insistió en acoger resultados de “investigación regional”. Se apuntaba hacia un doble objetivo: *a)* la prioridad fijada para la investigación de sesgos regionales se escudaba en planteamientos de carácter metodológico: prevalecía la idea —no modificada hasta hoy— de que los procesos y fenómenos fundamentales del siglo XIX se vivieron, y resolvieron, en ámbitos de perfiles regionales, en espacios de perímetros largamente menores a los que “finalmente” definirían al Estado-nación y *b)* pero se procuraba además, diferenciar dichos resultados de los que surgían de ese universo polifacético, heterogéneo y a veces poco consistente que se conoce como “historia regional”.

La contribución que a un adecuado conocimiento del largo siglo XIX mexicano podía aportar la investigación dotada de una perspectiva regional, alimentada en fuentes primarias locales y cimentada en técnicas y métodos de otras ciencias sociales no era despreciable. Por otro lado, lo mostraban una gran cantidad de trabajos realizados no sólo en México, sino paralelamente, en otros países latinoamericanos, en Estados Unidos y en Europa.

A todo ello se agregaron otros dos objetivos específicos: *a)* brindar un conducto regular para que se conociera, al menos, una porción de la muy aprovechable producción que se generaba en distintas instituciones académicas del interior y *b)* dejar asentado que este esfuerzo era, precisamente, un nuevo fruto del auge, persistencia y profundidad que la investigación regional había asumido en México desde fines de los setenta.

Cada número de los *Cuadernos* reunió dos o tres artículos referidos a una problemática afín o próxima, pero transi-

tada en distintos espacios regionales del México decimonónico, lo que brindaba la posibilidad de cotejar procesos o hechos semejantes, pero diferenciables. Por otro lado, se estuvo muy atento a la producción de investigadores de rango intermedio: sus resultados, se estimaba, merecían ya una difusión institucional y responsable. Pero hubo espacio, claro, para colegas más afamados y para estudiosos de muy reciente formación.

La respuesta fue formidable. Un dato lo indica: en cinco años jamás fue menester repetir un autor. Sólo se registró una excepción: la de Juan Carlos Grosso, a quien dedicamos el número 15 con motivo de su trágica muerte. En los 16 números se recogieron materiales elaborados desde Puebla, Jalapa, La Paz, Chetumal, Mérida, Aguascalientes, Chihuahua, Hermosillo, Ciudad Victoria, Zamora, Guadaluajara, Morelia, Ciudad Juárez y Monterrey. Asimismo, un amplio aporte de colegas de la ciudad de México, todos ellos dedicados a la investigación regional, y un mesurado respaldo proveniente de institutos de Estados Unidos.⁷

A fines de 1996, cinco años después de haber sido fundados (y una década más tarde de inaugurar la revista), los *Cuadernos* fueron transferidos a otra institución, en este caso del interior.

TRES APUNTES FINALES

1. *Siglo XIX. Revista de Historia* y los *Cuadernos* comprobaron el florecer y la calidad de la investigación histórica en Latinoamérica y en México, en este caso concentrada en el siglo XIX. Además, permitieron reconocer el aporte sostenido de los colegas estadounidenses y europeos, y observar la elevada categoría de la historiografía española. En cierta forma, ambas publicaciones, por su mecanismo operativo, aplicaron también el concepto de “red” (en especial por la gestión de

⁷ A partir del número 4 se incorporó una sección internacional. Con objetivos afines a los ya explicados, fue destinada a espacios regionales de otros países latinoamericanos y de España.

coordinadores externos), tan usual a fines del siglo XX gracias al desarrollo de la comunicación electrónica.

2. Ambos proyectos enfrentaron un destino común: al ser transferidos a otras instituciones no lograron sobrevivir. El caso de *Cuadernos* resultó más dramático: nunca pudimos disfrutar su número 17. Al menos, la revista respiró cuatro años más. ¿Cómo es posible que no podamos sostener publicaciones de esta naturaleza mediante mecanismos tan sencillos como hacerlas rotar por diversas universidades o centros de investigación? ¿Por qué tienen que desaparecer cuando sus fundadores (instituciones e individuos), por las razones que fueren, necesitan o desean traspasarlas?

3. Por ello mismo nos apresuramos a valorar, desde la dedicatoria de este artículo, la trayectoria de *Historia Mexicana*, que hoy alcanza su número 200. Como El Colegio de México, institución que la patrocina, *Historia Mexicana* es un punto de referencia inevitable en el acontecer más contemporáneo de las ciencias sociales latinoamericanas. Nos alegramos y enorgullecemos de contar con tan prestigiada publicación, y de disfrutar la cercanía de quienes tanto se han esforzado para que arribe al nuevo milenio.

ANEXO
COLABORADORES DE SIGLO XIX. REVISTA DE HISTORIA
SEGÚN NACIONALIDAD Y SOCIEDAD ESTUDIADA

Autor	Procedencia	Sociedad estudiada	Núm. y fecha
Miquel Izard	España	Venezuela	3/ene-jun/1987
Alberto Gil Novales	España	España	3/ene-jun/1987
Lluís Roura y Aulinas	España	España	3/ene-jun/1987
Pilar García Jordán	España	Perú	3/ene-jun/1987
Jordi Maluquer de Motes	España	Cuba	4/jul-dic/1987
Antonio Moliner Prada	España	España	4/jul-dic/1987
Ramón Garrabou	España	España	4/jul-dic/1987
Jesús Sanz Fernández	España	España	4/jul-dic/1987
Josep M. Delgado Ribas	España	España	7/ene-jun/1989
Jesús María Valdaliso	España	España	9/ene-jun/1990
Ricardo Robledo Hernández	España	España	10/jul-dic/1990
Rosa Congost	España	España	10/jul-dic/1990
Isabel Nobre Vargues	Portugal	Portugal	3/ene-jun/1987

ANEXO (continuación)

<i>Autor</i>	<i>Procedencia</i>	<i>Sociedad estudiada</i>	<i>Núm. y fecha</i>
Lutz Brinckmann	Alemania/México	México	7/ene-jun/1989
David C. Johnson	Canadá	Colombia	1/ene-jun/1986
Erick D. Langer	Estados Unidos	Bolivia/Argentina	4/jul-dic/1987
Steven Topik	Estados Unidos	Brasil	5/ene-jun/1988
Linda Alexander Rodríguez	Estados Unidos	Ecuador	5/ene-jun/1988
Barbara Tenenbaum	Estados Unidos	México	5/ene-jun/1988
Robert H. Jackson	Estados Unidos	Bolivia	6/jul-dic/1988
Gilbert Joseph	Estados Unidos	México	6/jul-dic/1988
Allen Wells	Estados Unidos	México	6/jul-dic/1988
Marshall Eakin	Estados Unidos	Brasil	8/jul-dic/1989
Steven Topik	Estados Unidos	Brasil	9/ene-jun/1990
Erick D. Langer	Estados Unidos	Bolivia	10/jul-dic/1990
Robert H. Jackson	Estados Unidos	Bolivia	10/jul-dic/1990
Robert J. Knowlton	Estados Unidos	México/Colombia	10/jul-dic/1990
Carlos Marichal	USA/México	Argentina	5/ene-jun/1988
Cristina Lértora Mendoza	Argentina	Argentina	2/jul-dic/1986
Luis Alberto Romero	Argentina	Chile	3/ene-jun/1987
Juan Carlos Garavaglia	Argentina	México	4/jul-dic/1987
José Carlos Chiaramonte	Argentina	Argentina	4/jul-dic/1987
Nidia Areces	Argentina	Paraguay	4/jul-dic/1987
Nora Bouvet	Argentina	Paraguay	4/jul-dic/1987
Andrés Martín Regalsky	Argentina	Argentina	5/ene-jun/1988
Leandro Gutiérrez	Argentina	Argentina	6/jul-dic/1988
Eduardo Bitloch	Argentina	Cuba	6/jul-dic/1988
Alberto J. Pia	Argentina	Venezuela	6/jul-dic/1988
Norberto Álvarez	Argentina	Argentina	7/ene-jun/1989
Eduardo Míguez	Argentina	Argentina	7/ene-jun/1989
Silvia Palomeque	Argentina	Ecuador	7/ene-jun/1989
Leandro Gutiérrez	Argentina	Argentina	9/ene-jun/1990
Juan Carlos Korol	Argentina	Argentina	9/ene-jun/1990
Samuel Amarai	Argentina	Argentina	9/ene-jun/1990
Juan Carlos Garavaglia	Argentina	México	10/jul-dic/1990
Héctor Pérez Brignoli	Argentina/Costa Rica	Costa Rica	7/ene-jun/1989
Mario Cerutti	Argentina/México	México	1/ene-jun/1986
María Elena González Deluca	Argentina/Venezuela	Venezuela	1/ene-jun/1986
Horacio Cerutti Guldberg	Argentina/México	Latinoamérica	2/jul-dic/1986
Juan Carlos Grosso	Argentina/México	México	4/jul-dic/1987
Mario Cerutti	Argentina/México	México	4/jul-dic/1987
Miguel Ángel Cuenya	Argentina/México	México	7/ene-jun/1989
María Elena González Deluca	Argentina/Venezuela	Venezuela	8/jul-dic/1989
Mario Cerutti	Argentina/México	México	9/ene-jun/1990
Juan Carlos Grosso	Argentina/México	México	10/jul-dic/1990
Gustavo Rodríguez Ostría	Bolivia	Bolivia	8/jul-dic/1989

ANEXO (*conclusión*)

<i>Autor</i>	<i>Procedencia</i>	<i>Sociedad estudiada</i>	<i>Núm. y fecha</i>
Daniel J. Hogan	Brasil	Brasil	7/ene-jun/1989
María Coleta de Oliveira	Brasil	Brasil	7/ene-jun/1989
John Sydenstricker Neto	Brasil	Brasil	7/ene-jun/1989
María Beozzo Bassanezi	Brasil	Brasil	7/ene-jun/1989
Carlos Dávila L. de Guevara	Colombia	Colombia	9/ene-jun/1990
Guillermo Bravo Acevedo	Chile	Chile	1/ene-jun/1986
Inés Herrera Canales	Chile/México	México	8/jul-dic/1989
Pablo Guadarrama González	Cuba	Cuba	2/jul-dic/1986
Martha Moscoso	Ecuador	Ecuador	10/jul-dic/1990
Alejandra García Quintanilla	México	México	1/ene-jun/1986
Gustavo Vargas Martínez	México	Venezuela/Rusia	2/jul-dic/1986
Jaime Vilchis Reyes	México	México	2/jul-dic/1986
Abelardo Villegas	México	México	2/jul-dic/1986
Alberto Saladino García	México	Latinoamérica	2/jul-dic/1986
Luis González y González	México	México	3/ene-jun/1987
José Reséndiz Balderas	México	México	3/ene-jun/1987
Javier Pérez Siller	México	México	5/ene-jun/1988
Bernardo García Díaz	México	México	6/jul-dic/1988
Javier Rojas Sandoval	México	México	6/jul-dic/1988
José Luis Aranda Romero	México	México	7/ene-jun/1989
Oscar Flores Torres	México	México	9/ene-jun/1990
Rina Ortiz Peralta	México	México	10/jul-dic/1990
Francisco Cervantes Bello	México	México	10/jul-dic/1990
María Luisa de Tuesta	Perú	Perú	2/jul-dic/1986
Carlos Contreras	Perú	Perú	8/jul-dic/1989
Raúl Jacob	Uruguay	Uruguay	1/ene-jun/1986
Julio C. Rodríguez	Uruguay	Uruguay	5/ene-jun/1988
Carlos Zubillaga	Uruguay	Uruguay	6/jul-dic/1988
Raúl Jacob	Uruguay	Uruguay	9/ene-jun/1990

FUENTE: *Siglo XIX. Revista de Historia*, 1986-1990.